

UNA FUENTE CHILENA INSOSPECHADA  
EN EL *DICCIONARIO* DE COROMINAS

MARIO FERRECCIO PODESTÁ\*

El nombre de Manuel Guzmán Maturana (G.M.) ha venido a consagrarse a una altura y en un ámbito que él jamás se soñó, ni siquiera en los momentos de más exaltado encumbramiento de que fue objeto, siendo tal hecho incluso desconocido en los medios en que perdura su memoria.

Para aquellos a quienes les resuena aún ese nombre, G.M. está asociado inequívocamente a los textos de ejercicios idiomáticos: "para la enseñanza del castellano", que comenzó a sacar desde 1905 y acompañaron a la escuela chilena, en ininterrumpida secuencia de ediciones, por más de ocho lustros, habiendo sido adoptados en su momento, incluso, por las escuelas de Colombia, Ecuador, Méjico, Paraguay y Venezuela: son los *Libro de Lectura*, primero, segundo, tercero, cuarto y quinto, para "preparatoria", cambiados, a contar de 1929, en *El lector chileno*, libros primero, segundo, tercero, cuarto y quinto, para los años segundo a sexto, ahora "de las escuelas primarias"<sup>1</sup>. Menos conocidas son otras obras suyas, que se inscriben, de todos modos, en la misma línea: *Lecciones de ortografía*, "según los principios de la Real Academia Española", desde 1907, y *Lecciones de métrica castellana*, desde 1918. Menos aún —y siempre en lo mismo—, el *Almanaque escolar*, que, al parece, no subsistió por mucho

\*Profesor de la Universidad de Chile.

<sup>1</sup>En realidad, en los libros de enseñanza G.M. incursionó con anterioridad: de 1903 hay un *El libro de las niñas*, Curso preparatorio, tomo 1, compuesto conjuntamente con Manuel Retamal Balboa y que, por lo visto, no llegó más allá. Una serie posterior de los *Libros de Lectura* se presentó destinada para distintos cursos de "humanidades".

tiempo tras su aparición en 1919, y el *Método para la enseñanza de sordo-mudos*, publicado por 1899, durante el servicio de G.M. en la escuela de aquellos dolientes, sin difusión ulterior. Toda esta obra, de una impronta tan definida y que traza el perfil de G.M. en el recuerdo de las gentes, pertenece verdaderamente al período de máxima vitalidad productiva suya, coincidente con el ejercicio de su ministerio pedagógico, que, lo cierto, supo él muy estratégicamente clausurar temprano, con vistas a otros destinos.

Había nacido G.M. en 1876<sup>2</sup>; terminados sus estudios en el Instituto Nacional, ingresó al Instituto Pedagógico, donde obtuvo el título de Profesor de Castellano, en 1900; antes de ello, había ya ejercido en el Instituto de Sordo-Mudos; pero, al recibir su diploma, pasó a desempeñarse en el Liceo de Aplicación, donde completó una honrosa carrera pedagógico-administrativa (inspector general: desde 1906; subdirector, vicerrector: desde 1910 hasta 1915, fecha en que se suprimió el cargo; rector suplente: 1921-1922; rector interino: 1923), hasta 1925, año en que renuncia para servir un nuevo empleo fiscal: Visitador de Liceos; éste lo ocupa sólo hasta el año siguiente, en que se acoge a jubilación, a sus recién cumplidos cincuenta años.

Dicha así, esta jubilación de G.M. resulta un tanto enigmática: en 1926 enteraba, a lo sumo, reconociéndosele el año previo ejercido en el Instituto de Sordo-Mudos, veintisiete años de servicios como funcionario público; quizá el año empleado como visitador de liceos, le otorgaba ciertas prerrogativas, y se le computaría también, tal vez, la práctica pedagógica, requisito para aspirar al título. Pero es lo cierto que tenía él poderosas razones para ese retiro de todos modos prematuro: el año anterior había sido presentado como candidato a diputado por el partido radical, y había obtenido el solio congresal para el período 1926-1930, lo cual completa su estampa clásica de pedagogo de antiguo régimen: "radical y masón"<sup>3</sup>.

<sup>2</sup>En Santiago, el 29 de mayo, hijo de Pantaleón Guzmán y de Mercedes Maturana. Aparte las indagaciones en archivos y repositorios, recojo los datos que interesan de: Ministerio de Educación Pública, *Exposición retrospectiva de la enseñanza: Obras de los profesores. Catálogo* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1941); Francisco Salazar y José Navarro, *Cincuenta años de vida del Liceo de Aplicación: 1892-1942* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1942); Guillermo Rojas Carrasco, *Contribución del profesorado a las letras nacionales* (Valparaiso, Editorial Amanecer, 1947); William Belmont Parker, *Chileans of to-day* (Santiago, G.P. Putnam's Sons, 1920); Carlos Pinto Durán, *Diccionario personal de Chile* (Santiago, Imprenta Claret, 1921); Virgilio Figueroa, *Diccionario histórico y biográfico de Chile. 1800-1931* (Santiago, La Ilustración, Luego Balcels & Co., 1925-1931); *Diccionario biográfico de Chile* (Santiago, Empresa Periodística de Chile, 1936<sup>1</sup>, 1938<sup>2</sup>).

<sup>3</sup>Virgilio Figueroa dice a la letra: "En la gran tenida masónica celebrada en Santiago el 8

Aunque esta función cívica no prevaleció: su nombre no cuenta ya en el período siguiente, 1930-1934 —que, por lo demás, se interrumpió en 1932 con la disolución del Congreso—, es razonable pensar que con ello G.M. se incorporaba definitivamente a la agitada actividad pública partidista, distante de los menesteres humanísticos; pero la verdad es que el abandono de las aulas y el cese de su fugaz experiencia parlamentaria le permiten dedicarse con mayor afán a una actividad que venía cultivando discretamente de tiempo atrás y que, aunque menos prestigiada que la de profesor, resultaba más provechosa, y no sólo para él: la de empresario<sup>4</sup>. De una veintena de años G.M. tenía fundada una editorial (Librería y Casa Editorial “Minerva”, Ahumada 39 y 43, luego Ahumada 281, que para cierta línea comercial tomó luego, al parecer, la razón social “Universo”), que manejó prósperamente tanto como comerciante cuanto como promotor de las letras: a sus auspicios salió a luz por esa editorial una vasta producción literaria de autores noveles, audaz e innovadora para su momento, que seguramente por otras vías no se hubiera publicado. Pero la contribución personal suya en este terreno superaba sus fuerzas; es así que unos *Versos*, florecidos en su juventud estudiantil y publicados en 1901<sup>5</sup>, están olvidados y no suelen asociarse con su nombre, y no sólo porque aparecieron previsoramente bajo seudónimo —*Edmundo Dantés*—: allí, al decir de Rojas Carrasco, “las musas se mantienen a prudente altura” —quizá quiso decir “distancia”—. Es, pues, un sendero que G.M. no quiso volver a hollar desde entonces, afincándose en la confección de los auxiliares didácticos, que consolidaron su nombre; de modo que el desistimiento profesoral de 1925 y 1926 debía traer consigo, en principio, el broceo de la única veta rendidora de G.M. en sede letrada<sup>6</sup>.

---

de junio de 1924 (N., 9 junio) salió elegido 2° Gran Maestro”. Es de presumir que eso corresponda a algo efectivo de aquella asociación: los datos de Figueroa no son siempre de fiar; hace entender, por ejemplo, que G.M. dejó el Liceo de Aplicación siendo rector de él; es lo cierto que tal cargo lo ejerció, como se ha dicho, en calidad de suplente y de interino, y al momento de su retiro el rector titular era Carlos Silva Figueroa; la fecha de su nacimiento la pone como 26 de mayo: las fuentes señalan coincidentemente 29 de mayo.

<sup>4</sup>A la verdad, este enfoque proyecta una imagen engañosa de la trayectoria pedagógica de G.M. La misión docente había encarnado en su propia institución familiar: había contraído matrimonio con Isaura Dinator Rossel, profesora de Matemáticas, quien llegó a ocupar altos cargos en la administración pública de educación, inusuales para una mujer en su momento, y se destacó por sus firmes convicciones en ese campo y su arrojo para exponerlas, incluso superando la denodada resistencia de mentes asustadizas. A través de sus hijos, aquella vocación familiar perdura en los descendientes.

<sup>5</sup>*Versos* (Poetas). (Santiago, Imprenta del Instituto de Sordomudos, 1901), 188 pp.

<sup>6</sup>“En principio”, porque, como ocupación comercial, G.M. siguió empeñado hasta mu-

Pero he aquí que, no más de siete, ocho años más tarde, estando por sus cincuenta y siete años, se manifiesta G.M. con dos publicaciones sucesivas, la primera de las cuales, que él califica expresamente de “novela”, tiene una repercusión estruendosa, positivamente única en nuestras letras: *Don Pancho Garuya* (Novela. Costumbres campesinas de antaño)<sup>7</sup> (*Garuya*) desató un torrente de encomios que traen envueltos para emulación nada menos que los nombres de Petronio (*El Satiricón*), Cervantes (“*El Quijote* de nuestra tierra”), Shakespeare, Rabelais, Dostoieskwy, Vicente Espinel, Dickens, D’Amicis, Daudet, Anatole France (sus relatos “podrán ser más célebres, pero no mejores”), Wilhelm Raabe (prolífico y estimado novelista alemán del siglo pasado: 1831-1910, que suele hermanarse con Dickens), Balzac, Zola, Stendhal, Proust, Blest Gana, Mariano Latorre, Miguel Hernández (“una obra de poner al lado de *Martín Fierro*, con singular ventaja”), Nicolás Palacio (*Raza chilena*), Ricardo Güiraldes (“Pancho Garuya es un tipo similar a don Segundo Sombra, pero mejor”), y también Luis de Valdivia (el jesuita autor de la primera gramática impresa del mapuche), Wilhelm Wundt, Sigmund Freud. Y quienes pronunciaron elogios tales no eran cualquier hijo de vecino ansioso por congraciarse con “el señor diputado” —por antonomasia— y el mecenas de la Librería y Casa Editorial “Minerva”, sino todo un Rodolfo Lenz, un Domingo Amunátegui, Julio Saavedra, Guillermo Mann, Eleuterio F. Tiscornia, Manuel J. Ortiz, e incluso, desde Illinois, el profesor de lenguas románicas de aquella universidad, Roberto Brenes Mesén. De todo ello, por cierto, no queda nada: en vano, casi siempre, buscaremos el nombre de Manuel Guzmán Maturana en las fuentes de referencia e historias de nuestra literatura chilena: no puede cabernos duda de que el destinatario de aquellos ditirambos era el personaje influyente —por sí mismo y por sus familiares— en la sociedad ilustrada y en el ambiente político del momento.

La segunda publicación, “Cuentos tradicionales en Chile” (*Cuentos*), apareció al año siguiente en dos entregas contiguas de los *Anales* de la Universidad de Chile<sup>8</sup>, en cuya receptividad actuó, con toda seguridad, el

---

cho más adelante en sus libros de lectura, incluso después de haber cedido sus derechos de autor sobre ellos al Ministerio de Educación Pública en 1928: desde entonces fue sólo —aunque más aprovechado— su impresor.

<sup>7</sup>Santiago, Editorial Minerva, 1933. 326 pp. más 3 de glosario. La conclusión está fechada el 13 de agosto del mismo año.

<sup>8</sup>Serie tercera, tomo xcii (1934), N° 14 (segundo semestre), pp. 34-81; N° 15 (tercer trimestre), pp. 5-78, de las que las 75 a 78 son de glosario. Hubo separata de 129 pp., donde el glosario corre de las 124 a las 127.

influjo de Domingo Amunátegui Solar y la acogida dispensada a la novela del año anterior, si bien no se repitió ahora aquel clamor.

Ambas producciones, con presentar una factura tan distinta: una novela y un allegamiento de cuentos populares, son exponentes del mismo ethos e, incluso, participan de una raíz composicional común; más aún, puede asegurarse que están montadas con un mismo material primario, que se distribuyó y armó para dos construcciones diferentes; a través de la forma de este material básico, las dos piezas se articulan, además, con el grueso de la producción de G.M. cuanto autor de libros de lectura.

El género particular de componimiento que son esos libros de lectura introdujo y adiestró a G.M. en el oficio de recolectar y retener relatos y episodios de fuentes muy dispares; seleccionarlos con criterios fundados en valores como fuerza aleccionadora, amor a la patria, coherencia inmediata de la trama, y así; recomponerlos para esencializar el caso anecdótico narrado y reducirlo a una extensión media precalculada de lectura, dosificar los recursos lingüísticos según una escala conforme con el lector previsto, su idoneidad idiomática y la meta de ascendramiento lingüístico propuesta para cada tramo de la carrera escolar. Entreverado en la infatigable cosecha debió de venir, procedente de distintos lugares y ocasiones, un caudal heterogéneo de cuentos, consejas, refranes, adivinanzas, dichos corrientes, inutilizable para los fines pedagógicos y que G.M. almacenó quizá sin ulterior propósito. En algún momento se dio a la tarea de ordenar, recomponer, complementar lo así allegado, que le dio materia, por un lado, para desarrollar un hilo novelesco que enhebra de alguna manera los ingredientes folklóricos: *Don Pancho Garuya*; por otro, para entregar el saldo de material en forma más bien yuxtapuesta: "Cuentos tradicionales en Chile", título que se hermana estrechamente con el subtítulo de *Garuya*: "Costumbres campesinas de antaño".

La novela está construida como memorias autobiográficas, con un autor ficticio que habla en primera persona y arma deliberadamente el relato para beneficio de su lector, al cual se dirige repetidamente para discurrir acerca de la marcha de su composición y de la narración. Esta gira alrededor de una figura central, don Pancho Garuya, sobrenombre de Francisco Garay, amigo entrañable del autor ficticio, Germán, y a cuya memoria el autor real, Manuel Guzmán Maturana, dedica la obra en una página preliminar. De los hechos que cuenta el narrador declara enterarse de dos maneras distintas: como testigo presencial y por información de terceros; esta distinción determina giros composicionales totalmente diversos, que la novela separa por un "paréntesis" en dos partes netas sucesivas, correspondientes a dos momentos del progreso cronológico; la primera de ellas ocupa los tres cuartos del total.

Esta parte, donde el narrador es un testigo en presencia que interviene activamente en los episodios, es un relato de personaje —como lo indica el capítulo I: “El protagonista”—, que fluye como un continuo irrelevante de hechos puntuales que ejecutan, o relatan, más bien, terceros. Este curso está traspuesto plásticamente como un viaje a caballo —de Santiago a Curacaví— del narrador y su personaje, durante el cual ellos devienen espectadores de variadas figuras pintorescas —que resultan ser buenos cuentistas, cantores, dicharacheros— y de paisajes, cuyas historias los viajeros se cuentan entre sí. El conjunto, pues, resulta ser un hilado de variedades folklóricas amenas atribuidas a un pasado —“allá por 1880”— que, siendo remoto ya para los dos autores —real y ficticio— en 1933 —fecha de conclusión de la obra: 13 de agosto de 1933—, contiene constantes referencias a un pasado más remoto aún; aunque buen número de las “costumbres campesinas de antaño” eran entonces, y son hoy, simplemente costumbres campesinas. Todo este aparato sirve, a la postre, de mero preámbulo ambiental para la breve segunda parte, que es ahora un relato de acontecimiento, con cierta tensión conflictiva, donde el protagonista sigue siendo el mismo don Pancho Garuya, pero el autor ficticio ya no es más un personaje-testigo, pues los hechos suceden en su ausencia —durante un viaje suyo a Europa, según se desprende de los parlamentos—; de todos modos, no se abandona, aquí el ethos costumbrista —capítulo xx: “La Pascua en Santiago”, y así—, de manera que la obra en su globalidad muestra la estructura típica “de coda”, esto es, un contínuum narrativo que carece de virtual desenlace, pues carece de trama, y puede rematarse acoplándosele un episodio con un fuerte motivo límite, cuya conclusión lo es también de la obra entera: la muerte del protagonista —‘matar al personaje’— es el recurso usual —el título del último capítulo xxiv: “En drama termina la comedia” denuncia el procedimiento y su desajuste—.

La andadura de la primera parte, aunque atenuada ahora en su dimensión narrativa, se aplica también en los *Cuentos*, donde el narrador autobiográfico, personaje-testigo-conductor, va dando las notas ambientales y cediendo la palabra a las distintas figuras que narran sus cuentos; la docena de cuentos que componen la serie está ordenada, así, en dos grupos en conformidad con el narrador secundario: “ña Candelaria” y “mis compadres”, de manera que el conjunto es como una prolongación de aquel primer tramo de *Garuya*; incluso hay estampas que se superponen exactamente: “ña Rosarito” de la novela es como la “ña Candelaria” de los *Cuentos*. Los dos grupos de cuentos se corresponden con las dos entregas de su publicación en los *Anales*, y es muy de creer que la biparti-

ción estructural haya sido determinada por esa forma prevista de publicación, ineludible por lo extenso de la colección para una revista.

La ambientación rural, el modo autobiográfico y la remisión a un pasado remoto piden algunas precisiones.

“El Autor” que suscribe el “13 de agosto de 1933” la “Dedicatoria en recuerdo de mi grande y noble amigo Francisco Garay” —ño Pancho Garuya, el personaje—, es necesariamente el autor real, que no puede identificarse con el autor ficticio, pues éste remite los acontecimientos que narra y en que participa, siendo “abogadito de Santiago” (p. 50), a 1880; por entonces, G.M. tenía a lo sumo catorce años, y nunca llegó a ser abogado. La forma autobiográfica, pues, es aquí sólo una manera literaria, y la materia narrada una ficción, que quizá sintetice algunas briznas de recuerdos participados a G.M. por el Garay real, entre otros; un episodio posiblemente auténtico relacionado con la muerte de este amigo, y retazos de experiencias personales de G.M.; estas últimas son las que deben de haber determinado la elección del modo autobiográfico, presente también en los *Cuentos*. Pues bien, ese trasfondo de vivencias personales se nos haría perentorio presumirlo aunque careciéramos de constancias efectivas de ellas, por dos motivos: uno general, que es la rendida exaltación de la vida campestre, mirada siempre con un lirismo bucólico, que rezuma el cuerpo completo de sus escritos, partiendo por sus propias lecturas escolares desde las primeras ediciones de 1905; el campo —su paisaje, sus moradores, los animales, las faenas, el ritmo cotidiano, y así— es, lejos, el tema predominante en aquellos libros, y a través de él se transmiten los valores aleccionadores que quieren inculcarse con esas lecturas: la sencillez, la rectitud, la laboriosidad, también la fe. Este sentir se sintetiza en la rotunda exclamación inicial de una de ellas: “¡Qué deliciosa es la vida del campo!” Este tema está también presente ya en sus *Versos* de 1901, con un añadido que constituye el motivo específico para sentar la experiencia rural biográfica de G.M.

Los *Versos* dejan ver la temprana proclividad de G.M. por el juego autoril: aquí no hay el autor ficticio de *Garuya*, pero el autor real se disfraza con un seudónimo: Edmundo Dantés; si bien tal expediente no tiene verdadero afán de ocultamiento, pues el autor rasga con frecuencia el manto que envuelve su cosmos literario fantástico dedicando distintos poemas a amigos concretos, con nombres y apellidos, alguno incluso en forma de epístola; y aun a familiares: “A mi hermana Ana María en su boda”, “A mi hermano Francisco”, y narra episodios autobiográficos patentes. Así, en la “Carta a Luis Humeres” no hay un yo lírico, sino un narrador autobiográfico que cuenta un lance amoroso que ha vivido en “Codigua, desde Popeta”, de donde se da por expedida la “carta”: ambos

son lugarejos enteramente rurales —situados entre Melipilla y Alhué—, y lo son también el asunto, la enamorada y su ambiente, el lenguaje; las décimas de este poema narrativo armonizan en todo con la breve pieza que abre el libro: “A mi caballo”, el cual lo lleva hacia la amada. Todo esto es demasiado explícito como para poner en duda que G.M. residió efectivamente en solar rústico, y es así que sus descendientes nos han confirmado que había heredad patrimonial campestre en Curicó, donde ellos mismos pasaron temporadas de vacaciones en su niñez. Las dos composiciones dedicadas a sus hermanos ratifican ese sesgo autobiográfico, si bien nos envuelven una vez más en el complejo asunto que suscita al respecto *Garuya*.

El poema a su hermana Ana María es en su totalidad una dolidá recordación de la madre muerta siendo aquélla muy niña: debe de ser verdaderamente fuerte el sentir del autor para desarrollar asunto así justamente con ocasión de la boda de la hermana. El título de la composición dedicada a su hermano Francisco, “Una historia como cuento”, declara el propósito de conferir talante meramente cuentístico a un caso verídico: el sino triste y edificante de un núcleo familiar en una “heredad lejana de la ciudad populosa”: un anciano padre, labriego esforzado, cuya mujer fallece al dar a luz al hijo Germán; éste y Ana María son los hermanos menores de otros dos, uno de los cuales, Juan, traslada su morada a Chillán, en donde acoge más tarde a los dos menores; luego viene también el padre, quien termina allí sus días; crecidos ya los dos menores, cuidan de Juan, que llega a vivir cien años. Aparte la recurrencia del ámbito campestre, el resto es confundidor: por un lado, *Ana María* es también el nombre de la hermana a quien el autor real recuerda la muerte de la madre cuando pequeña; por otro lado, está aquí nuevamente el *Germán* de *Garuya*, identificado ahora como el hermano menor de una pequeña Ana María cuya madre muere tempranamente; pero, por cuentas cronológicas, otra vez el relato no podría ser autobiográfico, a pesar de las manifiestas coincidencias: por 1901 —y los poemas fueron escritos aun antes—, G.M. tenía a lo sumo veinticinco años; si un presunto hermano Juan hubiera vivido cien, a lo menos tendría setenta y cinco años más que Manuel Guzmán; si, además, coordinamos esto con la fecha dada en *Garuya*: unos veinticinco años en 1880 para el Germán de allí, “abogadito de Santiago”, resultan incompatibilidades irreductibles con el G.M. real. Se ratifica, pues, que en todo este asunto deben de estar entremezclados episodios personales con noticias y aconteceres ajenos, y otro tanto de fantasía literaria.

Entre los extremados conceptos que se emitieron en torno a *Don Pancho Garuya*, hay dos que reaparecen como motivo frecuente: la obra es

testimonio excepcional de las tradiciones populares chilenas y del habla vulgar chilena. Dicho en las palabras autorizadas de Rodolfo Lenz, “es una verdadera enciclopedia del lenguaje vulgar chileno, de las formas variadas de la poesía popular, las consejas corrientes en boca del pueblo y una descripción detallada de las costumbres, que debía estudiar la Sociedad de Folklore”<sup>9</sup>. Es un parecer así, que lo conceptuaba, entre otras cosas, de lingüista, lo que movió ciertamente a G.M. a sacar dos años después su folleto “*Don Pablo Garuya*: Paremiología (refranes, dichos, modismos, etc., populares en Chile, que se contienen en la novela *Don Pancho Garuya*)”<sup>10</sup>, como también, por otra parte, indujo a la “redacción” de los *Anales* a poner una nota explicativa inicial a los *Cuentos*, señalando que en ellos “los aficionados encontrarán nuevos datos para el estudio de los fenómenos lingüísticos vulgares”<sup>11</sup>. A la verdad, la sensibilidad de G.M. por el habla coloquial y la atención puesta en ella se manifiesta temprano, incluso en los escritos que pudieran parecer más ajenos al campo demológico: en sus *Versos* de 1901, por ejemplo, antepone él una “Advertencia” donde justifica rimar “s, z i c (antes de e, i)”, “puesto que así habla i escribe el dialecto chileno”, y en sus poemas de asunto costumbrista (“Carta a Luis Humeres”, “La chocolatera”, “Un partido de rayuela”, “Carta a Ricardo Belgrano”, “Tu ortografía”) inserta alardes como *Codiga, usté, mercé, Dio, cogollo, soteniente, ser un peine, bailoteo, las once, quedar por chupe, por chiripa, arquiteuto, afeuto, arrellenar, guagua, ermundo, manyar, futre, pelambre, guaroso*. Hasta en sus libros de lecturas escolares, cuyo propósito preceptivo debería desterrar tal manifestación verbal coloquial, encuentra G.M. lugar para darle acogida, siempre, por supuesto, en un entorno rural: así la lectura “Preguntones” trae, como rasgo caracterizador de un personaje, *preguntao, na, too, toa, cuidao, graniao, querse, adre, Uropa, tuavía, onde, ño*. No necesitamos ser perspicaces para ver en esa terminología: “dialecto chileno”, y en toda esa postura dialectológica temprana al alumno de las promociones iniciales del Instituto Pedagógico, que tenía que ser auditor de las lecciones de un Lenz, de un Hanssen, y testigo de sus agresivas investigaciones filológicas.

Es precisamente esta veta —más bien pasada por alto, junto con sus arrestos de folklorista, en la imagen de G.M. que pervive comúnmente—

<sup>9</sup>Este juicio de Lenz apareció en el *Diario Ilustrado*, el 28 de diciembre de 1933, y se reproduce en la p. 3 del folleto que se menciona a continuación.

<sup>10</sup>Santiago, Editorial Minerva, 1935, 32 pp.

<sup>11</sup>Esta larga nota fue suprimida en la separata, pues hace referencia a la publicación en dos entregas de la revista.

lo que determina a la postre el verdadero renacimiento del nombre de Manuel Guzmán Maturana y su impensada consagración.

En realidad es un triple renacimiento, que, en el orden en que lo conocimos, inverso al del tiempo, tuvo las siguientes etapas. En primer lugar, hace una decena de años hubo el propósito de sacar una edición crítica de los "Cuentos tradicionales en Chile", de G.M., cuya preparación se nos encomendó y que pensamos titular, haciendo un fácil juego, *Cuentos tradicionales en Chile, y otros cuentos tradicionales en Chile*, pues quisimos incorporar al conjunto los relatos folklóricos incluidos en *Don Pancho Garuya*. En la demanda, dejamos establecido el texto y redactada gran parte de las glosas, lo cual —si bien el proyecto de publicación no prosperó— nos permitió enterarnos de que la ocupación cuentística de G.M., que creíamos olvidada, había sido ya objeto de atención por los estudiosos con anterioridad, pues aparecía como punto central de referencia en los *Cuentos folklóricos* de Yolando Pino, de 1960-1963<sup>12</sup>; y, mucho antes aún, tales relatos —hubimos igualmente de percatarnos— habían recibido un espaldarazo no barruntado: ser apreciados como la más importante —única, en realidad— fuente testimonial primaria de usos coloquiales chilenos, según resulta de la preferencia que les concede Juan Corominas en su diccionario etimológico, quien los distingue además, junto con las producciones conexas de G.M., con este encarecimiento en sus muy parcas indicaciones bibliográficas: "Las tres obras son ricas fuentes del habla popular chilena"; para Chile, la restante referencia bibliográfica está constituida allí por los obvios "diccionarios de chilenismos", y algún otro tratado no chileno<sup>13</sup>.

No viene a ser fácil explicarse esta primacía otorgada por Corominas; ni siquiera es claro por qué conductos llegó a tener noticia de tales escritos, particularmente de los *Cuentos*, publicados por una vía (una revista) y en una forma (en dos entregas separadas) que los tornan comparativamente de difícil acceso, y que, al mismo tiempo, acaparan la mayor atención de ese extraordinario lexicógrafo: el nombre de G.M. no está favorecido,

<sup>12</sup>Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile. v, t. I, pp. 366, 369, 373, 386-387, 389, 402, 414; t. II, pp. 330, 347; t. III, pp. 353, 396. El nombre de G.M. podría haberse recordado allí también para los cuentos 190 y 195, 196, cuyos motivos figuran en relatos incluidos en *Garuya*; pero esta obra no está considerada en el repertorio del recopilador.

<sup>13</sup>Joán Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (Madrid, Gredos, 1954-1957). V. allí las Indicaciones bibliográficas del vol. I: pp. XLIV, XLV y XLIX. La nueva versión como *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (de 1980-1984 hasta el vol. V) no introduce en esto modificación alguna: vol. I, pp. L y LIV. El grueso de las piezas lexicográficas americanistas utilizadas en ese diccionario está consignado por sus autores en la nota 2 del artículo *tacho*; para lo chileno v. también la p. LXIV (=LXXI) de las Abreviaturas.

repetimos, por las fuentes de referencia en asuntos de letras; mucho menos, por supuesto, en los de Filología. Quienes podían aconsejar aquí a Corominas en el curso de alguna estancia chilena veraniega de trabajo durante su docencia en la vecina Argentina y etapa de preparación de su diccionario, no eran personas que recomendarían justamente pieza como aquellos *Cuentos*, y por sobre otras para esos fines. Por ese entonces<sup>14</sup>, circulaban dos repertorios bibliográficos de la Filología chilena, en uno de los cuales, preparado por persona del oficio, G.M. figura sólo por sus *Lecciones de ortografía*, lo que no es, por cierto, como para entusiasmar a un etimólogo o para hacer pensar que el bibliógrafo tenía en alto concepto a nuestro autor cuanto estudioso de los usos coloquiales chilenos<sup>15</sup>.

Con toda probabilidad, la consideración dispensada a aquellas obras por Corominas se debe a la mera circunstancia de su disponibilidad —y no en Chile, sino en Argentina— unida a algún encarecimiento de ellas que pudo haber recibido; ambos hechos se conjugan —y no es simple adivinanza— en la persona de Eleuterio F. Tiscornia: G.M. le había hecho llegar su *Garuya*, que el argentino elogió desde Buenos Aires con máximo entusiasmo en larga carta del 19 de febrero de 1934; allí el “admirador y amigo afectísimo” decía de la novela que en su “lengua hay tanta materia de encanto y estudio para el filólogo”; “Hay, sobre todo, giros y construcciones en boca de los guasos que, confrontados con los modos normales, dan materia nueva a la sintaxis y estilística populares” “para el estudio de los fenómenos lingüísticos vulgares”<sup>16</sup>. Tales encomios fueron motivo suplementario para que G.M. enviara a Tiscornia sus dos publicaciones siguientes, faena de distribución que cumplía con cuidada diligencia y

<sup>14</sup>La redacción de su diccionario —descontadas las adiciones y rectificaciones del vol. iv— Corominas la remite al período 1947-1951, y califica a su residencia en Argentina (en la primera mitad del decenio del '40) de etapa de génesis de su obra: “Ésta [la Universidad de Cuyo] la vio nacer” (Introducción, p. xxxiv).

<sup>15</sup>Es la “Bibliografía filológica chilena” de Rodolfo Oroz, publicada en el *Boletín de la Academia Chilena*, t. vii/xxv y xxvi (1940), pp. 61-168. El otro repertorio, la *Filología chilena*: guía bibliográfica y crítica, de Guillermo Rojas Carrasco (Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1940), consigna las tres producciones demológicas de G.M.; pero tampoco hay allí un encarecimiento para el filólogo: desde luego, sólo destaca el aporte folklórico costumbrista de las piezas, otorgándole a la primera, *Garuya*, cierta superioridad sobre obras homólogas anteriores por su composición literaria; su apreciación de los *Cuentos* es francamente negativa en nuestro respecto: no se ciñen “estrictamente a todos los pormenores de vicios de pronunciación”, la “presentación escénica... contribuye también a restarle en parte la exactitud científica que generalmente se persigue en esta clase de investigaciones” (p. 290).

<sup>16</sup>*Paremiología*, pp. 9-11.

expedición de librero<sup>17</sup>; y es el caso que Corominas presta en su diccionario destacada presencia a Tiscornia por su contribución tanto a través del *Martín Fierro* como de los *Poetas gauchescos*<sup>18</sup>, de modo que por esta vía llegaría más tarde a sus manos este material, y tan recomendado, que le confiere una preeminencia sin parangón.

De ser así, la autoridad de G.M. vendría a ser, curiosamente, una manifestación más de la gravitación que ejerce sobre el *Diccionario crítico etimológico*, hoy *castellano e hispánico*, el testimonio argentino, cuya peculiaridad lingüística tiene una omnipresencia que la desequilibra y resalta en el marco del español americano. Por cierto que la estancia argentina de Joan Corominas, que "vio nacer" al diccionario, le permitió el acceso y frecuentación de un volumen de información bibliográfica y experiencial que no se repite para ningún otro punto del continente (sólo para Argentina dice él repetidamente "lo he oído en el campo", aunque véase aquí el comentario a *mate*) y tiñe la obra de un pronunciado matiz de que no se desprende tampoco la segunda versión. Son los riesgos de *qual peregre scripta sunt*.

La circunstancia de portar los *Cuentos* un elenco final de "vulgarismos" contribuye, naturalmente, a hacer atractivo su manejo para propósitos lexicológicos; este aditamento lo trae también *Garuya*, y es ciertamente el encomio que se hizo de esta última obra como fuente dialectológica lo que llevó a G.M., como hemos dicho, a componer posteriormente todo un folleto complementario de notabilia lingüística de su *Garuya*: la *Paremiología* de 1935: "mucho más copioso que el glosario que acompaña la edición de la novela", como dice Corominas<sup>19</sup>. Esto nos introduce ya en asunto de mayor interés, cual es el aprovechamiento que el etimólogo hace de los *Cuentos*, que es la producción de G.M. preferida por aquél. Medir exactamente ese aprovechamiento parecería una empresa disparatada; por ello conviene hacer ver cómo se llegó a detectar la presencia de los *Cuentos* en el *Diccionario*.

<sup>17</sup>Ello lo muestra no sólo la larga lista de personalidades que comentó *Garuya*, sino los propios ejemplares de esas piezas con que contamos; por ejemplo, de nuestras dos copias de *Paremiología*, una está dedicada a Domingo Amunátegui Solar y la otra a Hernán Díaz Arrieta (ambas dedicatorias fechadas el 22 de junio de 1935); nuestra separata de los *Cuentos* está dirigida a Guillermo Rojas Carrasco en 12 de diciembre de 1934.

<sup>18</sup>V. las pp. XLII y LVII (= XLVII, LXIII) de las Indicaciones bibliográficas.

<sup>19</sup>Es lo cierto que, de las 32 pp. que comprende la *Paremiología*, sólo la mitad está destinada a asunto lexicológico ("refranes": pp. 16-22; "voces chilenas": 22-32); el resto (pp. 3-14) está ocupado con la reproducción de los juicios lisonjeros emitidos a propósito de *Garuya*.

En el curso del procesamiento del texto de los cuentos separamos hasta dos centenas de expresiones que, por una u otra razón, estimamos requerían glosa para el lector; a la postre, no todas ellas fueron glosadas—hubo descarte por variados motivos—, pero sí exploradas; es, pues, de la exploración de ese monto y esas expresiones puntuales y su compulsión de rutina en el *Diccionario etimológico* de que fluye la imagen del comportamiento de ese diccionario ante una fuente testimonial. En principio, es posible que el diccionario contenga referencias a los cuentos que no están entre esas aproximadamente doscientas expresiones que consideramos notables; pero creemos que difícilmente el testimonio de G.M. pueda haber servido para casos distintos de los indagados, de modo que la eventualidad señalada es mínima: verificarlo importaría aplicar un barriido integral a aquellos textos que no entró en nuestro propósito.

De aquel conjunto quedó, tras la compulsión de rigor en el diccionario, un haz de sesenta y tres expresiones de los *Cuentos* que importan para nuestros efectos, pues inciden directamente en materia discutida por el diccionario; veinticuatro de ellas están efectivamente citadas en él, y treinta y nueve no lo están, pero deberían haber sido consideradas si se estaban manejando los *Cuentos*.

Ante todo, cumple recordar que esos cuentos se presentaron, lo sabemos, en dos formas: como dos artículos en números sucesivos de *Anales* y como separata conjunta. Esta doble presentación no es indiferente para los efectos de referencia, porque la paginación en un caso se ajusta a la ubicación de cada artículo en el número correspondiente de la revista, y en otro —la separata— la paginación es autónoma y corrida. Pues bien, Corominas, extrañamente, maneja las dos formas; mejor dicho, cita uniformemente por la revista —siempre con indicación substancialmente correcta de página, aunque sin una fórmula bibliográfica homogénea de citación<sup>20</sup>—; pero una vez la referencia va a la separata. Da la impresión de que en el momento Corominas escribía en situación apremiada y en condiciones muy diferentes de lo restante, pues es ése también el único caso en que remite exclusivamente al vocabulario final, y sin mencionarlo: “‘tonto, necio’ (Guzmán Maturana, *Cuentos tradicionales*, p. 126)” para *lesano* (s. *lisiar*) resulta enigmático a quien está habituado allí a las referencias puntuales a la revista, pues 126 vale para el vocabulario de la separata, donde efectivamente viene “*lesano* = leso, tonto, necio”.

Pues bien, es justamente por la vía de este vocabulario final —pero de la

<sup>20</sup>Lo usual es “G. Maturana, *Cuentos tradicionales*”, *AUCh*, xcii, seguido del semestre (“ii”, “iii”) y página; pero hay muchas variaciones de este módulo.

revista— que Corominas se introduce en los *Cuentos*; es decir, su lectura es un rastreo de expresiones cuya presencia en el texto sabe por la lista de sus “vulgarismos”, la que no señala, sin embargo, la ubicación de esas expresiones en el texto. La diligencia por verificar las expresiones y su contexto es una preocupación loable que le permite a Corominas citar nuestro texto, incluso a veces extensamente, como en *mocarro* [61]<sup>21</sup>: *santo mocarro* (s. *moco*: 7 líneas), *guachapear* (-iar) [42] (s. *agua*: 4 líneas), *alorosar* [47] (s. *oler*: 4 líneas), y así. Pero la ausencia de real lectura explorativa trae consigo el limitado rendimiento informativo del texto; así es como, decimos, fue posible detectar sólo veinticuatro expresiones tomadas de él: todo el beneficio obtenido de una fuente primaria de que se hace gran caudal en la bibliografía. De esa cantidad, diecinueve están también en el vocabulario final, lo cual deja un saldo de apenas cinco expresiones captadas por sondeo directo e independiente del vocabulario; aunque, a la verdad, deben de haber saltado a los ojos en el curso de la búsqueda de las demás<sup>22</sup>.

El vocabulario determina no sólo la relevancia de las expresiones, sino también el valor semántico imputado a ellas cuando este factor está considerado en el diccionario, el que reproduce —hasta literalmente— la formulación léxica de aquél, incluidos los casos en que ese vocabulario no da la acepción más adecuada.

Son tales, entre otros, *lacho*: “la vieja es muy lacha” [8 y 35], para lo que se da ‘templado, enamorado’, del vocabulario, siendo más bien aquí ‘pillo, ladino, cazurro’; *pítear*: “contra na pitiaba, porque los hermanos se la salieron ganando” [47], a que se atribuye ‘tocar el pito’, desarrollando el ‘pitar’ del vocabulario: pero ciertamente es allí ‘lanzar pitidos los polluelos’; en *romancear*: “Por ahí se quedó romanceando y al primer descuido, se robó los conejos” [101], se copia exactamente ‘vagar cerca de un punto al aguaito de la oportunidad para hacer algo vedado’ del vocabulario, que es una significación episódica contextual: vale escuetamente ‘vagar, rondar, merodear’.

En cambio, en las acotaciones semánticas de expresiones no recogidas por el vocabulario, Corominas se pronuncia con mayor atención crítica,

<sup>21</sup>Ponemos entre corchetes la(s) página(s) en que ocurre la expresión, según la separata, donde las pp. 5 a 52 corresponden a la primera entrega en los *Anales* (pp. 34-81), las pp. 53 a 127, a la segunda entrega (pp. 5-78), ocupando los “Vulgarismos usados en ‘Cuentos tradicionales’” las pp. 124-127; en la p. 129 hay un “Índice” que falta en la revista.

<sup>22</sup>Las 19 del vocabulario son: *alifafes*, *alorosar*, *bruñuelo*, *contimás*, *chacharachas*, *fachurta*, *guachapiar*, *ivierno*, *lacho*, *lesano*, *lumbral*, *machote*, *maldadoso*, *malucón*, *matutines*, *mocarro*, *pítear*, *rempujón*, *romancear*; las 5 no presentes en él: *carrendilla*, *güincha*, *maquila*, *rescoldearse*, *sandilla*.

como en *carrendilla*, para la que propone (*s. carro*), en vez de 'sarta, hilera' de Román, 'retahíla', que conviene más con el paso: "la carrendilla de mates no se acaba nunca" [35]; *maquila* (*s. v.*), donde identifica el modismo *sacar maquila* [18], 'obtener un beneficio'; *güincha* [103], 'cinta empleada por los sastres para medir' (*s. vincha*); no es adecuado, en cambio, el valor atribuido a *rescoldearse*: "el Malulo las hechó más que ligero, rescoldeándose y sobándose las partes doloridas" [57], que interpreta 'hacerse friegas' (*s. caldo*), con lo que simplemente repite el *sobarse* anterior: más bien es 'retorcerse, contorsionarse'.

Aparte el caso de *maquila*, es también el vocabulario el que induce a notar alguna expresión como modismo; así en *alifafe*: "El cuento hay que contar con toos sus alifafes": [46], donde Corominas destaca *contar algo con todos sus alifafes*, 'con sus pelos y señales' (*s. v.*), que repite el vocabulario; también en *machote*: "la puerta estaba cerrá a machote" [48], de que desprende *a machote*, 'firmemente' (*s. macho*), como el vocabulario.

La presencia de esas veinticuatro expresiones en el *Diccionario etimológico* con alegada fuente testimonial chilena no las moteja de "chilenismos" en el sentido burdo de la voz ('expresión originada en Chile en alguno de sus respectos'): certifica mera constancia de uso acreditada por las fuentes; tanto es así, que se declara más de una vez que ellas ocurren en otros lugares, e incluso algunas son arcaísmos ('expresión de antigua data no contemplada en el modelo idiomático'): *bruñuelo*, *ivierno*, *lumbral*, *maldadoso* (es voz que está en los repertorios, pero Corominas la tacha (*s. malo*) de "voz rara", y debe de tener sus buenas razones; yerra, sí, al considerarla "empleada vulgarmente en Chile": es de uso generalizado), *rempujón*, *sandilla* ("lo más corriente en Chile", *s. sandía*: es mucho decir). En algún caso parece querer señalar verdadera peculiaridad chilena: *alorosar*, *carrendilla* (la otra constancia que trae es del catalán, *s. carro*, lo cual permite más de una interpretación), *contimás*, *chacharachas*, *guachapear*, *lacho*, *lesano*, *matutines*, *pitear*, *rescoldearse*, *romancear*. Corominas no emplea el término *chilenismo*: *chil.*, con que califica expresiones, es para él *chileno*, y ello es una sabia prudencia ante un término manoseado por una dialectología en boga que no se entiende a sí misma.

La magna productividad de nuestra fuente para el *Diccionario etimológico* resalta cuando se considera la cuarentena mínima de expresiones suplementarias que debían haberse tomado en cuenta: tienen ellas un nivel de interés homólogo al de aquellas otras que ese diccionario efectivamente cita como ocurrentes en nuestro hablar coloquial: formas llamativas, supervivencias, derivaciones semánticas, y así. Esta omisión se torna inexcusable cuando afecta a expresiones que están incluidas en el vocabulario final de los *cuentos*, lo que nos haría pensar que no sólo el texto fue

examinado muy superficialmente, sino también el propio vocabulario; aunque, en beneficio del lexicógrafo, podríamos bien presumir que alguna expresión del vocabulario útil para su objetivo no fue citada por no haber sido posible dar con ella en las apremiadas rebuscas, y el caso excepcional de *lesano* indicaría, justamente, un proceder que se procuraba rehuir.

Consignamos esas voces, añadiendo, entre paréntesis, cuando cumple, una acotación justificatoria (voc. señala la presencia de la expresión en el vocabulario final, y el asterisco, un comentario aparte adicional).

*agora* [6] (da sólo testimonios argentinos de su supervivencia, incluida su experiencia personal: “lo he oído yo mismo en el campo mendocino”: *s. hora*). *al tiro* [17, 43] (voc.; lo imputa difusamente a Chile, América Central y Méjico: *s. tirar*). *arreesado* [66] (voc.; da sólo constancia para Cuba: *s. verter*). *bienhaiga* [6, 47] (da sólo catalán *ben haja*: *s. malo*). *cachirulo* [56] (voc.; da sólo testimonios peninsulares e ignora la acepción de G.M.: *s. cacho* I y *cazo*). *calistro* [6] (da como vulgar para Chile sólo *ocal*: *s. eucalipto*). *catita* [21]\*. *cequia* [6] (voc.)\*. *cocaví* [71] (voc.; sólo considera para Chile el testimonio de Lenz: *s. coca*). *cogollo* [14] (sólo reconoce uso argentino, que documenta: *s. cogulla*). *compaña* [6] (para América sienta sólo el uso en Argentina, que prueba documentalmente y por experiencia personal: “oído en el campo”: *s. compañero*). *conociencia* [5] (voc.; sólo reconoce la supervivencia de *conocencia*, y en Argentina: *s. conocer*). *corrimiento* [41]\*. *chapalear* [26] (*s. chapotear* y *agua*). *empacarse* [47] (da sólo América: *s. alpaca*). *empelotita* [47] (sin testimonios: *s. pelota*). *encapillao* [12] (para *encapillar* da sólo Asturias: *s. capillo*). *entuvía* [6, 46] (*s. todo*). *fuñingue* [35]\*. *guachucho* [68] (voc.: *s. agua*); *guargüero* [50] (voc.: *s. gargajo*). *huasca* [47] (voc.: recoge incluso el modisimo *dar huasca*, con *g*, del voc., pero sólo por Lenz y un testimonio uruguayo: *s. v.*). *leso* [35] (voc.; se omite G.M., no obstante citarlo ahí mismo para *lesano*: *s. lisiar*). *leva* [12] (sólo se da testimonio argentino, *s. levita*). *mate* [6]\*. *melecina* [20] (voc.; “vulgar en todas partes”: *s. médico*). *naide* [35] (da sólo “Sta. Teresa”, aunque conoce *Garuya* para *naiden*: *s. nacer*). *ña* [5]\*. *parvada* [5] (voc.; da sólo constancias dialectales peninsulares: *s. parva*). *pelele* [35] (al omitir a G.M. ignora la acepción ‘niño’, entre tantas que se consignan: *s. v.*). *pitarr* [35]\*. *poroto* 6 (mienta mucho a Chile, sin especificar: *s. v.*). *prevalicá* [6, 26]\*. *querendón* [99] (destaca uso argentino: *s. querer*). *rasparlas* [48] (conoce sólo el modisimo asociado *salir raspando*: *s. raspar*). *renguear* [54] (voc.; *s. renco*). *rial* [46] (lo da sólo atestiguado en gallego y catalán: *s. río* y *riel*). *rinde* [6] (da sólo uso argentino: *s. rendir*). *tacho* [7] (voc.; sólo aduce para América testimonios lexicográficos: *s. v.*).

Comentario aparte merecen:

—*cata*, para cuya difusión se pone (s. *cata* I) “arg.” y “boliv.”, y, como primera documentación, 1776, según testimonio, una vez más, argentino: Juan Draghi, *Cancionero cuyano*; y es el caso que aquella temprana ocurrencia dieciochesca pertenece a una fuente chilena: Corominas no se percató de que el “J.I. Molina” alegado por Draghi y consignado en el *Diccionario* es nuestro Juan Ignacio Molina con su *Compendio* de 1776.

—*cequia*; respecto de esta forma Corominas (s. *acequia*) parece querer decir en substancia —porque su redacción es confusa— que hay una variante sin aglutinación del artículo árabe, de muy antigua documentación (1154) y viva hoy en Aragón, Murcia y Chile. Esta referencia específica a Chile en medio de regiones peninsulares posiblemente se deba al testimonio de G.M. —cuyo vocabulario trae la forma—, aunque Corominas no lo cite. Para nuestro uso coloquial actual siempre está latente la posibilidad de que estemos ante un caso de falso análisis del nexo artículo-nombre tras la contracción de vocales iguales: *la acequia*, *l'acequia*; incluso quizá valga ello también para las actuales constancias peninsulares.

—*corrimiento* presenta una fluctuación de significado, que parte del propio Nebrija, única constancia que da Corominas (s. *correr*): el valor americano oscila entre ‘reumatismo’ y ‘diarrea’, que juega también en G.M. y no concuerda con la tradición lexicográfica peninsular.

—*fuñingue*; Corominas pone sólo (s. *hollín*) “chil. *fullingue* ‘tabaco de mala calidad’”, y en nota: “creo que es palabra diferente de *fuñingue* ‘persona endeble’ (Cuba); esto encierra un pequeño sin sentido: si *fullingue* y *fuñingue* son voces de muy diverso significado y forma disímil (a más de pertenecer a familias léxicas distintas: *hollín* y *fuñir*, respectivamente), no se ve por qué traer una a colación de la otra, a no ser sugiriendo un trueque de palatales, lo que no es pertinente, pues se atribuyen a familias diferentes allí mismo. Ahora bien, Corominas no puede haber dejado de ver *fuñingue* (‘cigarrillo ordinario’) en G.M., pues la voz está en el breve pasaje de los *Cuentos* que él cita a propósito de *carrendilla* (s. *carro*), del cual suprime justamente esa voz y *pitar*: “[ña Calendaria] chupa y chupa la bombilla [, pita y pita su fuñingue]. La carrendilla de mates no se acaba nunca” [35]; siendo así, lo más posible es que Corominas registrara también, junto a *fullingue*, nuestro *fuñingue*, como variante con trueque de palatal, y entonces sí correspondía proponer en nota la separación entre este *fuñingue* y el cubano, según lo entiende nuestro lexicólogo. Con toda seguridad el primer *fuñingue* desapareció en alguna operación de traspaso (copia o impresión) por un yerro típico (pronunciado homoioteleuton).

—*guachucho*; la única explicación para la omisión de esta voz en el *Diccionario* es que el autor no dio con ella en el texto, tras verla en el vocabulario final, pues sacrificó una muy significativa derivación de *aguacha*, de que recoge múltiples descendientes *s. agua*; ello es tanto más de reparar cuanto *guachapear*, que está inmediatamente antes en el vocabulario, se halla oportunamente aprovechada en el mismo artículo.

—*mate*; Corominas aduce sólo ejemplos argentinos; para Chile, si bien ignora (*s. v.*) el precedente de G.M., tiene un gesto emotivo: pone delante su testimonio personal del uso de *mate* por 'achicador de agua' en "Las Ventanas (costa de Aconcagua, Chile)".

—*ña*; el diccionario remite (*s. señor*) sólo a fuentes referenciales —con un yerro: *fuertemente* por *frecuentemente*— para presentar *ño*, *ña* entre las varias formas reducidas que ha adoptado *señor*, *-ra* en el uso trivial; no es totalmente seguro, a la verdad, que no sean aféresis de *doño* (*don*), *doña*, tratamiento tradicional ante nombre personal de pila.

—*pitar* se imputa (*s. pito*), en América, a Chile y Argentina; pero en nota sólo se hace referencia a casos argentinos. La omisión de G.M. es muy de notar cuando la voz ocurre en los *Cuentos* en el pasaje citado para *carrendilla* (*s. carro*), del que se sustrajo justamente *pitar* y *fuñingue* ("pita y pita su fuñingue" [35]).

—*prevalicá*; la voz sólo está imputada (*s. resbalar*) a la Cespedosa peninsular, con el valor exacto de nuestro texto y con forma muy similar: *prevalicar*, 'desvariar, trastornarse'. La ocurrencia en los *Cuentos* es, pues, excepcionalmente significativa y difícil de pasar inadvertida, porque, si bien G.M. no la incluye en su vocabulario final, le aplica en el lugar en que aparece por primera vez [6, también 26] una ostentosa nota de pie de página, con un comentario semántico que salta a la vista.